Asociación Nacional de Estudiantes Ciegos | Federación Nacional de Ciegos | VIVE LA VIDA QUE QUIERES

El Blog de Este mes está ofreciendo el relato de Holly Scott-Gardner, una federacionista del Reino Unido de 22 años de edad. Lee junto con nosotros para averiguar cómo

 Holly pasó de ser una chica extrovertida

con confianza en sí misma a ser alguien que tenía miedo

de ser ella misma en público. Dicen que el amor

 puede caminar por el fuego sin vacilar, y a Holly el amor le ha permitido

lograr sus sueños.

Acerca del Amor y la Reconstrucción

Enviado por kwebster, Jueves, 15 de Septiembre, 2016 - 20:56

Cuando era una niña pequeña, siempre estaba cómoda con mi ceguera. Mi madre me ha dicho que yo iba a acercarme a la gente en los eventos y con confianza me presentaba

a mí misma. "Soy Holly, tengo cuatro años y soy ciega."

En mi familia, la ceguera era una parte más de las muchas cosas que me hacían lo que era. Me

gustaba subir

árboles, montar a caballo, y enterrarme en pilas de libros en braille. Nunca me sentí como si estuviera limitada porque, sencillamente, mis padres nunca

me permitieron sentirme

de esa manera. Si me caía y lloraba, me iban a recoger, y me decían que continuara con lo que había estado haciendo, Y así lo hice.

Sabía que era diferente de los otros niños. Leía en braille, utilizaba un lector de pantalla, y fuí sacada de la escuela por una hora a la semana

para aprender a usar un bastón.

 Las adaptaciones que utilicé eran herramientas que me permitían tener éxito, y me encantaba la libertad que me daban.

A pesar de que se me había enseñado a sentir cómoda con mi ceguera, otras personas todavía me veían como algo menos. Me di cuenta de esto por primera

vez cuando

tenía seis años. En estas situaciones experimentaba esta horrible, repugnante sensación, como si un millón de insectos se arrastraran a través

de mis entrañas.

Todo mi cuerpo empezaba a calentarse con temor y vergüenza a medida que trataba de encontrar una salida a la situación en la que me encontraba, a pesar de que sabía

que mis intentos eran

futiles. Fui de querer a todo mi ser, a desear poder ser cualquier otra persona que no fuera yo.

La escuela era un lugar que tanto amaba y temía. Pasé cinco largos años siendo acosada hasta el punto de gritar, tirarme en el suelo, y negarme

a ir. Aborrecía a mis padres, especialmente a mi madre por crearme. Les culpé por lo que estaba experimentando. Después de todo era debido a ellos que yo era

ciega.

Sin embargo, en clase estaba desesperada por el conocimiento, absorbiendo cada trocito de información que se me daba. Sabiendo que tendría

que pasar tiempo con otros niños me llenaba de ansiedad. Un incidente, lo recuerdo muy vívidamente, pasó cuando tenía unos 8 años. Mi clase se cambiaba de ropa para educación

física, y

Me había quitado el uniforme escolar. Me agaché para recoger mi bolsa para conseguir mi ropa de gimnasia, pero había desaparecido. Me acurruqué en mi ropa interior

en el piso de cambio

de la sala, frenéticamente buscando el bolso que supe que había colocado a mi lado. Debe haber habido otras 15 chicas en la habitación que podían ver

lo que estaba

sucediendo, pero ninguna de ellas se me acercó. Ni siquiera se me habló. No puedo recordar si lloré, ni siquiera puedo recordar si grité con rabia y

desesperación. De alguna manera, me debí haber puesto mi uniforme de nuevo, y salí del salón para encontrar una maestra, pero no recuerdo haber

hecho eso. Gran parte de mi infancia

es borrosa de esa manera, bloqueada, ya que, incluso ahora, recordando causa que me sienta enferma.

Con el tiempo, una maestra encontró mi bolsa de deporte. Fue después de haber estado fuera, supongo, ya sea arrojada por una ventana o llevada

fuera de la sala por una niña

de pies rápidos y pequeños. Le rogué a los maestros escucharme, a comprender que yo no había hecho esto, que estaba asustada, perdida y solitaria. Pero en cambio,

me dijeron

que tenía que tener más cuidado con mis cosas, para no olvidar donde las había dejado.

A partir de entonces, me negué a usar un bastón, y paré de describirme a mí misma como ciega. Me enfadaba cuando mis padres mencionaban mi discapacidad

a extraños. Lentamente,

Empecé a borrar la parte de mí que una vez había abrazado. No podía ir a sitios sola porque no podía soportar ser vista con un bastón que era

otro símbolo de mi vergüenza, y horrible diferencia. Me llevó años de progreso muy lento recuperar mi identidad, y comenzar a sanar los abismos

que parecían haberse abierto dentro de mí.

A pesar de vivir bajo un manto de aborrecimiento por mí misma, no tenía planes para mi futuro. Quería estudiar en el extranjero, viajar por el mundo, e ir a la

universidad. Pero

en el fondo sabía que a menos que hiciera algunos cambios, nunca haría esas cosas. Finalmente, a los 17 años me compré un nuevo bastón y tentativamente

permití

que se convirtiera en una parte de mi vida de nuevo. Estaba harta de estar a merced de los demás, de confiar en amigos y maestros para ir a mis clases.

Sabía

que era capaz de ser mucho más de lo que era.

Ahora tengo 22 años. He estudiado en España, he iniciado mis estudios y viajé sola a los Estados Unidos. Tengo amigos que no pueden imaginar la persona que una vez fuí.

Ellos me conocen

como una chica que viaja de forma independiente, y que habla de la ceguera como una amada parte importante de mi identidad. Los años de temor y

vergüenza puede que

no sean visibles pero son compañeros constantes con los que me imagino viviré por el resto de mi vida. Todavía tengo que luchar con mi mente, para vivir

la vida que quiero, diciéndome a mí misma que está bien ser vista, que no necesito esconderme, y que estoy segura en mi propio cuerpo.

Cuando hablamos sobre el impacto de las bajas expectativas, es a menudo en el contexto de que las personas ciegas obtengan una educación, y participen

en actividades

de su elección. Sin embargo, creo que va mucho más allá de esto. Cuando esperamos menos de las personas con discapacidad estamos contribuyendo a una cultura

que permite

que una brillante muchacha con confianza en si misma se pierda en la vergüenza y el aborrecimiento. No hay que darle poder a aquellos que rechazan las voces de las personas

con discapacidad, especialmente a los niños.

 He tomado la decisión de recuperar ese poder, para que sea mío. No me dejo callar ya más, y es mi misión mostrar a los niños

que nunca tienen que avergonzarse de lo que son.

http://nabslink.org/content/love-and-rebuilding